



Una mujer observa uno de los vídeos de Bill Viola que se pueden contemplar en La Nave Salinas de Ibiza. VÍCTOR MORENO 'VITORINO'

Exhibición doble en La Nave Salinas. El coleccionista Lio Malca transformó un almacén de sal en una sala de exposición (de 15 metros de altura) donde ahora pueden contemplarse dos obras (siempre espectaculares) del líder del videoarte

EL POETA DEL VIDEOARTE DESCENDE SOBRE IBIZA

POR RICARDO F. COLMENERO IBIZA

No había mejor escenario para inventarse una religión, realizar sacrificios humanos o practicar un exorcismo. Pero la culpa es de Bill Viola (Nueva York, 1951), cuyas obras han convertido La Nave Salinas de Ibiza en un templo de lo sobrenatural, o en una exposición de milagros.

El artista neoyorquino se alió en 2004 con el

director de ópera Peter Sellars para crear secuencias de vídeo que se proyectarían de fondo durante una representación de *Tristán e Isolda* de Wagner. Y ahora dos de sus secuencias más inquietantes se reproducen en bucle y gran escala en este arca de Noé del coleccionista Lio Malca al pie del Mediterráneo. Sin querer,

hasta hay un diluvio interior y una epifanía, como confiesan algunos devotos que aparcaron la lujuria ibicenca para orar al videoarte.

Al principio puede parecer que las obras se proyectan en una pantalla de siete metros, pero pronto lo hacen en el estómago del espectador, encerrado en una estructura de piedra de 700 metros cuadrados y 15 metros de altura, sin escapatoria frente a un muro de fuego, y luego una cascada de agua que cae hacia el cielo. El efecto del sonido en este antiguo almacén de sal hace que las obras puedan ser observadas hasta con los ojos cerrados, y salir de allí masticado por las llamas o arrastrado por la corriente.

De niño Bill Viola estuvo a punto de morir ahogado en un lago. Las imágenes que vio en el fondo le persiguen desde entonces. Algo bello y pacífico, dice, que contrasta con el horror de una experiencia cercana a la muerte. «Nací al mismo tiempo que el vídeo», recuerda. Su obra es una

sucesión de juego de contrarios; agua y fuego, luz y oscuridad, vida y muerte. «La Nave Salinas, al borde del agua, es el lugar perfecto para presentar estas dos obras. El mar trae vida pero también puede ser destructivo», dijo sobre la exposición.

Viola usa la tecnología y se inspira en el arte medieval y renacentista para abordar temas eternos como el nacimiento, la muerte, la vida y la transformación. Para ello mezcla las experiencias místicas con la filosofía zen, el cristianismo y el sufismo. Sus obras vienen de un mundo que forma parte de lo invisible, los paisajes son interiores y el tiempo se extiende hasta el infinito.

Fire woman (mujer fuego) abre esta exposición, que puede visitarse hasta el 30 de septiembre. La silueta de una mujer a contraluz aparece ante un muro de fuego, pero a la vez los espectadores se convierten también en siluetas ante la misma amenaza, que parece avanzar con vigor, como

si fuera a devorar el edificio.

Bill Viola dice que es una visión en la memoria de un hombre que agoniza, como si su tarea no fuera otra que la de filmar la mente humana. Tras algunos minutos –la obra dura más de 11–, la mujer avanza hacia el espectador dejando el fuego a sus espaldas, abre los brazos y se hunde lentamente en su propio reflejo. Poco a poco el agua va devorando las llamas, o más bien hace desaparecer su masticar amenazante, como si hubiéramos metido la cabeza debajo del agua con la mujer, o el Bill Viola niño.

En *La ascensión de Tristán* Viola aborda la ascensión del alma después de la muerte, pero no como una experiencia silenciosa y pacífica, sino como algo traumático donde el agua vuelve a jugar un papel esencial. Al principio, el cuerpo de un hombre yace sobre una losa en una sala de hormigón vacía. Casi de forma imperceptible unas pequeñas gotas de agua suben desde el suelo y ascienden al espacio. Los cambios siempre son sutiles. Parece que no pasa nada y de repente ha cambiado todo.

Lo que comienza como una llovizna se transforma en un diluvio atronador. Y la corriente que cae hacia el cielo arrastra el cuerpo inerte del hombre, que parece cobrar vida, como dirigido por hilos de agua de una marioneta. Sus brazos se agitan y su columna se arquea en una marea revuelta en la que parece ahogarse, hasta que 10 minutos después el cuerpo desaparece por el techo de la pantalla, como arrastrado por una cascada que fluye en sentido inverso.

Una vez que desaparece cesa la corriente, la losa vuelve a estar vacía, como si el paso del ser humano y su agonía no hubieran dejado huella ni en el tiempo ni en el espacio, algo que obsesiona a Bill Viola.

EN UN ANTIGUO ALMACÉN DE SAL

De venir a Ibiza de fiesta, el coleccionista neoyorquino Lio Malca ha pasado a tratar de convertir la isla en un referente internacional del arte. «El objetivo es que la gente se lleve algo más de la isla», dice, marcándose como objetivo una gran exposición al año. En 2015 inauguró La Nave Salinas, construida como almacén de sal en 1941 para dar trabajo a las gentes de la isla, hasta que se dieron cuenta de que la sal se conservaba mejor en el exterior. Arrancó con una exhibición del artista Kaws, a la que siguió una instalación audiovisual 3D de Marco Brambilla y luego Keith Haring, de cuya obra Malca está considerado uno de los mayores expertos, coleccionistas y prestamistas.